

Carlos Real de Azúa, ANTOLOGÍA DEL ENSAYO URUGUAYO CONTEMPORÁNEO, Tomo II. Departamento de Publicaciones de la Universidad de la República, Montevideo, Uruguay, 1964, pp. 489-493.

## **Arturo Sergio Visca (1917)**

La andadura vital modesta, la emoción pobrista, la proclividad a los ritos criollos del mate y la rueda de amigos, la predilección por lo apartado y suburbano, las largas y morosas meditaciones, la indiferencia por muchas cosas que a casi todos hacen andar desalados: si grupalmente es que se le enfoca, Arturo Sergio Visca resulta sobremanera expresivo de ciertas modalidades de ASIR que, junto con Bordoli, se dan con más fuerza en él que en los restantes partícipes del núcleo.

Antiguo estudiante de medicina y aprendiz de revolucionario, aspirante a narrador, Visca encontró, en el correr de los años, su auténtica vocación en la crítica y el ensayo. Son conocidas su larga contribución a ASIR, cuyo consejo de redacción integró, la más esporádica y breve de MARCHA y, sobre todo, la de la página literaria dominical de EL PAÍS, que dirige desde 1962. Ha escrito también en ENTREGAS DE LA LICORNE, en LA TRIBUNA POPULAR y en FICCIÓN; ha prologado ediciones de Bauzá y de Viana para la "Biblioteca Artigas" de "Clásicos Uruguayos". La lista de sus libros enrola **Un hombre y su mundo** (1961), **Tres narradores uruguayos** (1962) y **Antología de cuento uruguayo contemporáneo** (1962).

En cuanto crítico literario —su actividad más divulgada—, y como los anteriores títulos ya lo señalan, Visca ha concentrado casi exclusivamente su labor en la literatura nacional, de cuyo sector narrativo, especialmente, es con seguridad el más completo conocedor. Con prioridad, empero, respecto a libros actuales, que raramente parecen atraerlo, Visca ha preferido enfrentarse con las más significativas "obras" ya cumplidas, en las que, con un espíritu ni irreverente ni ditirámico, busca desbrozar lo vigente de lo pericido; concluir, de modo más global, en un justiciero deslinde entre los "mitos" y los "vivientes" de nuestra cultura pasada.

Natural resulta la conexión de tal tarea con el ánimo de ceñir mejor la suma de lo que pueda "construir" (mucho más que "comprobar") una "tradición literaria" uruguaya. Es característica de Visca pero también de la promoción que integra, este afán por establecer aquello "con que se puede contar" para emprendimientos nuevos, para ser enriquecido y prolongado y, en último término, para —desde nuestro propio marco histórico— sostenernos y guiamos. Tal sentido es el que le ha dictado buena parte de sus trabajos sobre Bernardo P. Berro, Reyes, Viana, Julio Herrera y Reissig y Florencio Sánchez (entre otros). El de si esta "tradición" es una especificación de la general de Occidente (lo que

tendería a excluir de ella figuras importantes pero que, en la línea de nuestra inteligencia, fueron de talante radicalmente antitradicional) o si es, por el contrario, independiente y hasta contradictoria de aquélla y, entonces, sólo acumulativa, sólo estéticamente cualitativa, implica una ambigüedad que apenas aparece insinuada (tal en “Reflexión uruguaya”, ASIR, nº 39) dentro del pensamiento de Visca y de su grupo.

Pero es más ampliamente la realidad nacional, en sus aspectos psico-sociales y culturales, el trasfondo temático tanto de su crítica como de su ensayismo, teñidos en esta zona de esa subjetividad interpretativa que tiene por jefe de fila a Ezequiel Martínez Estrada, de cuya audacia teorizadora y desplantes dramáticos Visca se halla, sin embargo, muy lejos.

Muchas otras páginas suyas son más bien identificables dentro de la tradición de la estampa poemática, de clara filiación azoriniana. En casi todas ellas una sensibilidad melancólica, pero al mismo tiempo vivaz, medita honda, minuciosamente (un poco a lo Maurice de Guérin) los vagos malestares del alma y sus innominables felicidades, los temas de la soledad y la comunión, del tiempo, de la vida, de la muerte. Estas reflexiones se desencadenan habitualmente a través de una percepción del mundo exterior si muy limitada, de gran acuidad, y Visca no necesita de ilustres escenarios ni de situaciones excepcionales para ese clima de fértil, rumorosa ideación: le bastan los quietos rincones suburbanos, el silencio de una tarde dominical, un trozo de calle divisada desde una ventana, un maltrecho árbol callejero que abre sus verdes contra un borroso lote de cielo.

Gran relector, también, y es un rasgo éste que comparte con Guido Castillo, su pariente y compañero de núcleo. Y dígame ahora que la crítica y la ensayística de Visca muestran los peligros de este ejercicio intelectual cuando los textos releídos no son demasiado ilustres (y sólo nuestros modestos narradores nacionales); cuando los resultados de la relectura (como suele ocurrir en algunas notas de Bordoli) no son lo suficientemente originales; cuando la práctica misma del releer no llega a reunir ciertas notas que la hagan realmente loable: un “tocar tierra” entre la barahúnda; una obligación profesional (como sucede a los profesores); un contrapunto, a menudo dramático, con la curiosidad por lo nuevo y aún por lo mucho viejo que una vida entera no alcanzará a abarcar.

Pero el hábito de la relectura es en Visca, sobre todo, el signo de una general voluntad de concentración en unos pocos temas, de una extendida indiferencia por la trama histórico-social que nos entorna y que sólo parece importarle en la instancia de tener que ser acogida en su propia, personal vividura. Hasta esa hora, los oleajes pueden ascender o decrecer, o calmarse, sin que, aparentemente, le desvelen móviles o justificaciones. La cuestión de la “autenticidad” – personal y nacional – no ocupa casualmente, por ello, el centro de la preocupación de Visca: un poco al modo estoico, “ser”, (perfilada,

plenamente), y si es necesario salvar ese “ser” contra todos los meteoros de la vida, de la historia, de la muerte, en su apetencia definitiva, más íntima. No un inteligir, entonces, una realidad que no es sólo personal, ni participar en las tensiones de una cultura incesantemente alterada en su vertebración, ni ensanchar el radio de la propia y finita experiencia, ni (menos) contribuir a una precaria pero fervorosa reordenación de la Ciudad de los hombres (país, continente o mundo, se le llame).

Esa insistencia en ciertos temas, esa voluntad de concentración sobre un manojito de textos ilustres o queridos, el apego permanente a valores tradicionales convocan el riesgo de que, si no se sostienen con una inalterable brillantez y originalidad, lo obvio los ronde y los malee. Visca no se ha librado siempre de ello, por más que la simpática discreción y el recato apacible compongan una dignidad, una conciencia de límites que atrae y hasta seduce. Y en muchos textos, incluso, la no infrecuente penetración de su re-pensamiento, la honradez, el radicalismo, la minucia escrupulosa con que ciertos temas son encarados en su obra, consigue repristinar lo que antes de él pudiera ser “lugar común” y dejarlo listo para ulteriores –y tal vez menos leales– lucubraciones. El texto elegido apunta (como es habitual) a muchos elementos que la obra de Visca reitera. Pero hay otros en él que pueden generalizarse a la condición de características de su grupo y aún al de todo un tipo de pensamiento más vasto que el estricto de ASIR. Entre las “señas - ASIR” de estas páginas se halla, por ejemplo, la insatisfacción ante todo angostamiento de tipo “autonomista” que a la personalidad la sea infligido y ese anhelo de “trascendencia”, de realización en algo que está más allá de nosotros mismos, sobre el que ya, a propósito de Lockhart, se ha hablado. También pueden valer como rasgos de su núcleo, su lejanía de casi toda la literatura actual, vaga y hasta displicentemente mentada en la expresión de **ciertas corrientes literarias contemporáneas**. Y, si en los contenidos habituales de esa literatura se piensa, es extensible –por lo menos a Domingo Bordoli– esta unciosa “sofrosine” de Visca, este optimismo bastante apodíctico en los resultados de **mirar con ojos limpios y serenos la vida**. Igualmente es rasgo grupal su actitud militante contra cierto ennegrecimiento desafortunado de la vida rural y pueblerina, una actitud que, aunque desdeña lo que cabe llamar “versión idílica” de lo paisano, reivindica sus calidades, tan maltratadas por quienes parecen no haber salido nunca de Montevideo o del ejido de una capital del interior.

Puede resultar, asimismo, notorio, la inclinación de estas páginas a convertir en rasgos de una “psicología nacional” ciertos fenómenos universales de la sociedad industrial de masas. La creencia en determinados trazos (por lo demás variables) que marquen muy extendida y aún mayoritariamente la población de un país es, sin duda, más defendible que la de “caracteres nacionales” y, ni decirlo, que la de un **ser espiritual colectivo**, ente problemático de una ontología de lo social en cuya existencia Visca, en apariencia sin mayores cautelas, comulga. Pero en una u otra versión, es improbable que puedan entrar esos fenómenos de la soledad y la incomunicación con el prójimo (que tiende

así a quedar en “próximo”), esa falta de comunión y de efusión de trascendencia que son ingredientes ya canónicos de todo análisis de la civilización (liberal-capitalista, mecánica, industrial, de masas) medianamente afinado.

Otros puntos menores de este importante texto vale la pena anotar. Su aseveración, más que persistente, en el valor de la “vida interior” (una expresión que convendría rejuvenecer) y ciertas imprecisiones entre “soledad física”, “espiritual” e “interior”, así como entre estas variantes y el “desarraigo”, que no es confundible con ellas aunque sí, seguramente, una de sus causas. Ciertos pasajes permiten registrar diversas disidencias: el fútbol es, probablemente, menos **lo popular por excelencia** de lo que Visca cree, pero también el hecho de que haya en torno a la cancha dos parcialidades no destruye la fugaz pero posible comunión emocional dentro de cada una de ellas. La afirmación, tras la referencia a las “barras de amigos” de café, de **que no es necesario más para afirmar que el criollo es un solitario por excelencia**, peca, seguramente, de apuro conclusivo, así como de cierta precariedad filosófica la distinción, tan tajante, entre la “realidad que se ve” y su “esencia”.

También sería posible apuntar (y ello lleva a lo que da más relieve a estas páginas) que tras la busca de **categorías afectivas universales** se esconde la aspiración a una cabal sistemática de la vida humana y de sus situaciones. Obsérvese, igualmente, que lo que les da carácter preciso y eminentemente ensayístico es su tema, demasiado uberoso para el mero artículo en que, cuantitativamente, se explaya.